Globethics Repository



Reivindicaciones zapatistas, una constante en la historia de México [Zapatistas claims, a constant in the history of Mexico]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	González Ferrer, Amparo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-04 10:10:39
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219659

Nueva Sociedad Nro. 141 Enero - Febrero 1996, pp. 104-113

Reivindicaciones zapatistas, una constante en la historia de México

Amparo González Ferrer

Amparo González Ferrer: estudiante de Ciencias políticas y derecho, Granada.

Resumen:
A pesar del tiempo transcurrido, para los indígenas chiapanecos las condiciones económicas y sociales, apenas han variado respecto de aquéllas a las que, en su día, tuvo que enfrentarse Emiliano Zapata. Así pues, no es de extrañar el arraigo logrado por el EZLN, movimiento popular que, heredando la tradición de lucha zapatista, ha sido capaz de adaptar ésta a la nueva situación histórico-política de México, corrigiendo muchos de los errores que condenaron al fracaso las demandas de Zapata y de otras guerrillas latinoamericanas del último medio siglo. Seguramente ha sido esto lo que ha permitido reabrir un debate que el pensamiento conservador se había afanado en cerrar: las posibilidades de la lucha armada como camino hacia la democracia.

Cuando el levantamiento del EZLN estuvo en boca de todos, sus dirigentes sufrieron críticas desde muy diversos frentes. Representantes del pensamiento conservador atacaron al subcomandante Marcos y los suyos, acusándolos de manipular la mítica figura de Zapata para lograr la sublevación de una masa de indígenas incautos, sin causa ni justificación aparente. Intelectuales de prestigio en el ámbito del progresismo, mexicano e internacional, sin llegar al extremo de negar o poner en duda las condiciones de extrema miseria que subyacían a las reivindicaciones de los zapatistas, cuestionaron seriamente la legitimidad y viabilidad del medio empleado, la lucha armada, dado el nuevo contexto histórico, muy diferente, según ellos, al de 1911.

Pues bien, el objeto de este ensayo es demostrar cómo la enorme similitud de condiciones estructurales seguía justificando, al menos en Chiapas, la vigencia de las demandas del zapatismo original y también de sus métodos.

Paralelismos entre la Independencia y la Revolución

No es difícil encontrar un punto de conexión entre el levantamiento en Chiapas (1º de enero de 1994) y el movimiento zapatista que se desarrolló en el marco de la Revolución Mexicana, a principios del presente siglo, o incluso con el movimiento de Independencia, que triunfó definitivamente en 1821. Quizás sea porque en los tres procesos subyace, entre otros, un detonante común: la opresión y explotación de una masa de población campesina, de elevado componente indígena, por parte de una minoría privilegiada (ya sean los conquistadores españoles, los grandes terratenientes amparados por la dictadura de Porfirio Díaz, o la elite político-económica del partido oficial mexicano).

Analizaremos, en primer lugar, los dos procesos ya concluidos, haciendo especial hincapié en sus semejanzas, para después exponer con mayor claridad las conexiones que con ellos pueda mantener el levantamiento promovido en Chiapas por el EZLN.

1. Tanto el movimiento de Independencia como la Revolución se caracterizan por su doble dimensión político-social:

a) Movimiento de Independencia: desde el principio la insurrección se planteó no sólo en cuanto reacción contra la metrópoli, sino también como movimiento de reforma social, alentado por la creciente demanda de una reforma agraria, a la que intentó responder el cura José María Morelos y Pavón, desde que asumiera el liderazgo de los insurrectos[1].

b) Revolución: el movimiento revolucionario iniciado por el PLM (Partido Liberal Mexicano), de Flores Magón, y definitivamente desencadenado por Madero, en 1910, no fue sólo una lucha por el poder entre la nueva elite diplomada de las provincias y un régimen de cadáveres políticos, sino también un intento de corregir las injusticias y crear nuevas condiciones sociales y políticas, que respondieran a las demandas obreras y campesinas que venían manifestándose durante los últimos años del porfiriato, sobre todo en el norte del país.

2. Ambos movimientos fueron también procesos de afirmación de la periferia frente al centro burocrático:

a) Movimiento de Independencia: se inició en la región noroccidental del Bajío y en las provincias al sur de la capital.

b) Revolución: la pugna que enfrentaba a liberales, que deseaban debilitar a la Iglesia, con los conservadores, partidarios de mantener el poder eclesiástico, corrió paralela al conflicto entre federalistas, deseosos de

[1] El 17 de noviembre de 1810 proclamó que se pondría fin a la esclavitud y al tributo especial indígena, y la tierra tomada a las comunidades indígenas debería ser repuesta, previa expropiación de las de los españoles y criollos.

una cierta autonomía regional, y centralistas, partidarios de mantener un mando unificado sobre el país[2].

3. Movimiento de independencia y Revolución coinciden también en el hecho de que sus resultados finales fueron, en cierto modo, contrarios a los objetivos formalmente planteados:

a) Movimiento de Independencia: ante la transformación de la lucha por la independencia en una lucha de pobres contra privilegiados, éstos se unieron y aplastaron la rebelión; pero la nueva amenaza que supuso para ellos el triunfo liberal en la metrópoli (1820), les obligó a apoyar de nuevo la Independencia, que triunfó definitivamente en 1821, aunque en un sentido muy distinto al que quiso darle Morelos: no fue una liberación de los oprimidos sino una victoria de elite criolla.

b) Revolución: en el campo militar acabó imponiéndose el Ejército Constitucionalista que, tras derrotar a Villa en 1916 y lograr el repliegue y aislamiento de Zapata en las montañas del sur, dirigió los últimos días de la Revolución. A fines de 1916, celebraron un Congreso Constituyente en Querétaro, en el que, a pesar de prohibirse la participación de villistas y zapatistas, los carrancistas (ala liberal que pretendía constituir una República Democrática, donde la clase media fuera la dirigente), no pudieron evitar el triunfo de las ideas radicales (legislación nacionalista, reforma agraria y laboral, limitación al poder terrateniente, etc.), defendidas por Obregón (ala reformista radical), y muy próximas al ideario zapatista.

La Revolución, pues, logró establecer las bases para un nuevo México en el que, paradójicamente, los principios de los derrotados, se convertirían una vez más en guía de los triunfadores. «Zapata logró en muerte lo que no pudo conseguir en vida. Su espíritu continuó viviendo y, en un viro del destino, extraño, ilógico, pero totalmente mexicano, se convirtió en el mayor héroe de la Revolución»[3].

El EZLN y el zapatismo

Es evidente que la rebelión chiapaneca comparte los dos primeros rasgos con las que hemos caracterizado los más grandes procesos revolucionarios de la historia del México contemporáneo: la doble dimensión político-social (el EZLN no sólo reivindica justicia social, sino que también exige la constitución de un gobierno de transición

[2] Erich Wolf: *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo XXI, México, 1972.
[3] Quirk, 1960, pp. 292-3.

democrática, elecciones realmente libres, etc.), y el carácter autonomista de sus demandas[4].

Pero más interesante que ver esta relación genérica sería establecer los auténticos puntos de contacto entre el levantamiento protagonizado por el EZLN y el que en su momento dirigió Emiliano Zapata.

Los insurgentes se autodefinen como zapatistas y el subcomandante Marcos afirma que su inspiración como estratega es «Pancho Villa en lo del ejército regular; Emiliano Zapata en lo de la conversión de campesino a guerrillero y de guerrillero a campesino»[5]; pero los hijos del propio Zapata no quieren ni oír hablar de ese grupo guerrillero que usa el nombre de su padre («Los verdaderos hijos de Zapata» en *El País*, 17/1/94), y muchos otros mantienen que el EZLN «usa el nombre de un caudillo rural con el que nada tiene que ver» (Gabriel Zaid: «Chiapas: la guerrilla posmoderna» en *Claves de Razón Práctica* N1/444, p. 32).

Sin embargo, las semejanzas y coincidencias en las demandas de ambos movimientos son más que evidentes, (sin duda mucho más evidentes que las que reivindican otros grupos, como el PRI), a pesar de las diferentes condiciones históricas en que se desarrollan. Tres elementos esenciales son compartidos por ambos movimientos: el carácter agrarista, el nacimiento como grupos de autodefensa y sus reivindicaciones democráticas.

Nacimiento como grupo de autodefensa. Según Wolf, en 1909 todos los miembros de la comunidad San Miguel de Anenecuilco eligieron un comité de defensa, nombrando como líder a un ranchero local llamado Emiliano Zapata, al que se le encomendó el cuidado de los documentos legales de la comunidad. Poco después, otras comunidades, Ayala y Noyotepec, empezaron a contribuir al fondo de defensa, y cuando se produjeron las primeras invasiones y ataques de los hacendistas contra las tierras comunales, Zapata y su grupo reaccionaron destruyendo las cercas erigidas y distribuyendo las tierras a los aldeanos.

Según el propio Marcos, «para los compañeros campesinos, el EZLN nació como un grupo de autodefensa. Hay un grupo armado muy prepotente que es la guardia blanca de los finqueros que les quitan las tierras y los maltratan, y limita el desarrollo social y político de los indígenas. Entonces ellos dijeron que había que armarse para

---

[4] En el punto cuatro del pliego presentado en la primera fase de diálogo con el gobierno, el EZLN demanda: «Nuevo pacto entre los integrantes de la Federación que acabe con el centralismo y permita a regiones, comunidades indígenas y municipios autogobernarse con autonomía política, económica y cultural»; v. «Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN», del 1 de marzo de 1994.

[5] L. Hernández Navarro: *Chiapas, la rebelión de los pobres*, Gakoa Liburuak, Navarra, 1994, p. 94.

enfrentarlos y no quedar indefensos. Luego los compañeros vieron que el problema no era de una comunidad, de un ejido, sino que era necesario establecer alianzas con otros ejidos, con otras comunidades...».

Carácter agrarista. En estrecha relación con la nota anterior, el movimiento zapatista surgió como medio de defensa, no de las comunidades en sí mismas consideradas, sino de lo que era su misma vida, la tierra, tal y como revelan los artículos 6 y 7 del Plan de Ayala, elaborado por Zapata en 1911[6]. En esencia, este ejército quería tierra; una vez que la conseguía todos los demás problemas parecían, en comparación, insignificantes. Esta limitación de objetivos redujo su atracción sobre otros mexicanos (Wolf, p. 55). Cuando alguien preguntaba a Zapata por la razón primera de su rebeldía, él mostraba los documentos de la comunidad (títulos de propiedad de las tierras comunales) y decía «por esto peleo»; «esto» era la tierra, no «las tierritas» que decía Villa sino, la tierra en un sentido religioso, «la madre que nos mantiene y nos cuida». «La Madre Tierra esconde el sentido último de la lucha zapatista, es el origen y el destino, por eso Zapata no quiere llegar a ningún lado, quiere permanecer»[7].

Por su parte, Marcos afirma que el detonante del movimiento armado fue la reforma del artículo 27 de la Constitución: «esas reformas cancelaron toda posibilidad legal de tener tierras, que era lo que finalmente los mantenía como grupo de autodefensa ... esta fue la puerta que se les cerró a los indígenas para sobrevivir de manera legal y pacífica». «Lo que dicen los campesinos es que la tierra es la vida, que si no tienes tierra estás muerto en vida y entonces para qué vives, mejor peleas y mueres peleando, pues»[8].

Reivindicaciones democráticas: en la fase final de los combates entre carrancistas y zapatistas, Zapata lanzará una ofensiva espectacular, acompañada de una gran creatividad legislativa, por parte de la junta intelectual del zapatismo, que delinea el país ideal que los zapatistas hubiesen querido gobernar. Destacan dos leyes, la de Imprenta y la Ley Municipal. La exposición de motivos de la primera dice «...el derecho a votar no alivia el hambre del votante, han dicho con amargura los

---

[6] El Plan Ayala, que Zapata consideró siempre como el único programa de la Revolución, fue justificado por el charro mexicano con las siguientes palabras: «Mis antepasados y yo, dentro de la ley, y en forma pacífica, pedimos a los gobiernos anteriores la devolución de nuestras tierras, pero nunca se nos hizo caso ni justicia; a unos se les fusiló con cualquier pretexto, como la ley de fuga; a otros se les mandó desterrados al estado de Yucatán o al territorio de Quintana Roo, de donde nunca regresaron, y a otros se les consignó al servicio de las armas por el odioso sistema de leva, como lo hicieron conmigo, por eso ahora las reclamamos por medio de las armas, ya que de otra manera no las obtendremos, pues a los gobiernos tiranos nunca debe pedírseles justicia con el sombrero en la mano, sino con el arma empuñada».

[7] E. Krauze: El amor a la tierra, Emiliano Zapata, FCE, México, 1987.

[8] L. Hernández Navarro: ob. cit.

desilusionados de la política; pero al hablar así olvidan que los derechos políticos y civiles se apoyan mutuamente y que en la historia de las naciones jamás ha faltado un traidor a la causa del pueblo que al verse a éste olvidar la práctica de sus derechos políticos, se los arrebata, y con ellos también los civiles». En la segunda, por su parte, se afirmaba que «la libertad municipal es la primera y más importante de las instituciones democráticas toda vez que nada hay más natural y respetable que el derecho que tienen los vecinos de un centro de población, para arreglar por sí mismos los asuntos de la vida común y para resolver lo que mejor convenga a los intereses y necesidades de la localidad».

La democracia por la que optaban los ideólogos zapatistas era directa y plebiscitaria. Ninguna autoridad podía invalidar o desconocer su mandato. Se trata de una concepción de la democracia idéntica, salvando la distancia histórica, a la que reivindica el EZLN en varios de sus comunicados, por ejemplo el punto 41/4 del pliego de las primeras negociaciones con el gobierno (acabar con el centralismo y permitir a regiones, comunidades indígenas y municipios autogobernarse con autonomía política, económica y cultural), o en sus actuaciones: el levantamiento no fue una decisión del Comité sino que la votaron los campesinos, uno por uno (existen actas de tales votaciones).

Parece así difícil negar la relación «ideológica» entre ambos movimientos. Se podrá aducir que el EZLN utiliza, manipula la figura y simbolismo del mítico Zapata, parafraseando sus discursos, falseando sus demandas, para legitimar una acción armada que, de otro modo, no habría logrado ni la décima parte del apoyo manifestado por la sociedad civil mexicana. Sin embargo, es absurdo pensar que tal apoyo proviene únicamente de la invocación de un nombre, por mucho que represente. La identificación de gran parte de los mexicanos, e incluso de la sociedad internacional, con el EZLN proviene de dos elementos:

1. La situación de miseria extrema que vive el estado chiapaneco, especialmente la población indígena, que se presentaba como una amarga pero innegable realidad a la sociedad mexicana. Este era un elemento necesario para la legitimación del EZLN de cara a la sociedad civil, que si bien podía dudar de la conveniencia de los medios usados, los comprendía y, en muchos casos, los justificaba por la evidente legitimidad de los fines. Era elemento necesario pero no suficiente.

2. Una conciencia colectiva, cada vez más arraigada, en lo referente a la necesidad de superar el régimen de partido de Estado e instaurar un sistema democrático, desconfiando ya de una posible auto-regeneración del PRI, tras 65 años de frustrada espera.

El EZLN frente a las guerrillas tradicionales

Pese a las coincidencias entre el movimiento zapatista de 1911 y el encabezado por el EZLN, muchos autores han señalado rasgos propios y particularmente originales en éste, que lo distinguen tanto del zapatismo originario como de las tradicionales guerrillas latinoamericanas. Hasta tal punto se han considerado relevantes dichas originalidades que se ha hablado del EZLN como la «guerrilla posmoderna» (Gabriel Zaid) o como «la primera sublevación armada verdaderamente indígena de la América Latina moderna» (Carlos Fuentes: *El País*, 27/5/94). Mencionaremos algunos de los rasgos propios e identificatorios del EZLN:

1. No pretende conquistar el poder, sino establecer un gobierno de transición a la democracia. Por primera vez en América Latina, una «guerrilla» anuncia que no va a implantar el socialismo tan pronto como llegue al poder. Se trata de una guerrilla que más bien pareciera no asumir el Estado. Una «guerrilla» que no se plantea la razón del poder, lo que viene a apoyar la tesis del carácter esencialmente campesino, o más bien indígena, del movimiento, si aceptamos que, como dice Wolf, «los campesinos rebeldes son anarquistas naturales. La utopía de los campesinos es la aldea libre: para el campesino el Estado es algo negativo, un mal que debe reemplazarse lo más pronto posible por su propio orden social de carácter doméstico».

2. No entiende el conflicto armado como el único válido en México, sino que lo concibe combinado con otras muchas fórmulas de lucha que se dan ya en la sociedad civil. En palabras del subcomandante Marcos, «nosotros vemos la vía armada no en el sentido clásico de las guerrillas anteriores, es decir, la lucha armada como un sólo camino, una sola verdad todopoderosa en torno a la cual se aglutinaba todo, sino que nosotros vimos la lucha armada como parte de una serie de procesos o de formas de luchas que van cambiando».

3. Rechaza para sí la denominación de «guerrilla», se reivindican como Ejército (12.000 personas armadas, el 35% mujeres, no pueden ser una guerrilla) de Liberación Nacional, porque piden democracia y justicia, y eso es para todos no para sus comunidades: «para nosotros nada, para todos todo». La estructura jerárquica, inherente a todo ejército, se ve compensada en el EZLN por la democracia indígena: el ejército no tiene autonomía militar sino que las decisiones las toma el Comité Clandestino.

4. Es reconocido por el Gobierno como «fuerza beligerante», al undécimo día de alzarse, a diferencia de los tradicionales movimientos guerrilleros latinoamericanos, que han pasado años recluidos en las montañas antes de que los gobiernos aceptasen, tan sólo, reconocer su existencia.

5. Aceptó a las primeras de cambio el cese al fuego y las negociaciones de paz, lo que no significa un abandono o rendición.

Si nos atenemos a la tipología de guerrillas elaborada por Gabriel Zaid, combinando los tipos sociológicos (Weber) y los tiempos de los acontecimientos históricos (Braudel), resumida en la tabla, veremos que el EZLN comparte elementos con casi todos los tipos (excepto el tipo 6), pero no encaja exactamente en ninguno de ellos. En cuanto a su naturaleza, mezcla rasgos de los tipos 3, 4 y 5: el EZLN en su origen fue un grupo de autodefensa, de resistencia pasiva frente a los finqueros y sus guardias blancas (tipo 3), pero hoy se autodefine como Ejército (tipo 4) de Liberación Nacional (tipo 5), que se compone básicamente de campesinos cansados de los abusos del poder local y central, aunque su protesta no es espontánea, lo que excluye el tipo 1 (el EZLN comenzó a organizarse hace más de diez años).

Su cabecilla o líder principal es, hoy por hoy, el subcomandante Marcos, un ladino (mestizo) con estudios universitarios, que niega inspirarse en Mao o Castro, sino en Zapata y Villa, lo que impide incluirlo en el tipo 4 en cuanto al liderazgo pero no por lo que hace a la estrategia. Es más, si somos fieles a las palabras del propio Marcos, habría que decir que el EZLN carece de cabecillas o dirigentes, únicamente existe un órgano, el Comité Clandestino (formado por representantes elegidos por cada una de las comunidades), que le nombró a él como portavoz del EZLN de cara a los occidentales y director de la acción militar en San Cristóbal de las Casas, pero que podría nombrar a otro en cualquier momento. El origen o motivación última del levantamiento es la opresión política, económica y cultural a la que está siendo sometida la población indígena desde hace 500 años, tal y como se viene poniendo de manifiesto últimamente, sobre todo a raíz de la celebración del Primer Congreso Indígena (1974) y la inmensa manifestación indígena del 12 de octubre de 1992, contra la celebración del Quinto Centenario.

Teniendo en cuenta lo anterior, es fácil imaginar que los objetivos, al menos los declarados, del EZLN son producto de la combinación de diferentes tipos: por un lado el desahogo, «los compañeros dijeron ya basta», por otro la autonomía regional, local, municipal; pero, ante todo, la democracia y libertad nacional, porque son conscientes de que lo primero no será posible sin esto último. Si algo hay que diferencia a los zapatistas de hoy de los de ayer es esto, es decir, el haber aprendido de los errores del pasado, de los errores de las pasadas guerrillas centroamericanas y del propio Zapata, los primeros se recluyeron en las montañas esperando la adhesión cuasi-espontánea del pueblo y el segundo olvidó vincular sus demandas locales de tierra y libertad al conjunto de la sociedad mexicana. Y si algo se le ha criticado al EZLN ha sido también esto, el saber adaptar la lógica de la lucha popular armada a los nuevos tiempos, o sea, el haber sabido combinar las demandas locales y las nacionales, las indígenas y las no indígenas, las sociales y las políticas, porque evidentemente de ello derivaba su potencial éxito, entendiendo por tal la adhesión de la población civil mexicana a su causa: la instauración de un gobierno

democrático de transición que permitiera superar el régimen de partido de Estado. Los zapatistas saben positivamente que solos no pueden conseguirlo, por ello las exigencias manifestadas por la rebelión recogen agravios locales, indígenas y campesinos, pero corresponden, sobre todo, a las exigencias de la conciencia pública en la capital, el resto del país y el extranjero contra el sistema político mexicano. Como el objetivo número uno de las armas es la conciencia pública, es necesario establecer una relación simbiótica con la prensa, que convertirá a la guerrilla en un proceso de producción editorial: cuando se le pregunta por el levantamiento del 11/4 de enero, Marcos responde que «fue una acción propagandística y un completo éxito»[9].

Hay pues, es verdad, una variedad excesiva de antecedentes: la guerrilla urbana, la guerra popular prolongada, el villismo, el zapatismo, el sandinismo... Tal eclecticismo ha dado lugar a las más dispares valoraciones del EZLN, por parte de diferentes intelectuales. Unos, como Gabriel Zaid, lo han calificado de «ensalada posmoderna» o de «incoherencia zapatista»[10]. Otros, como Mario Vargas Llosa, se refieren a aquél como «un movimiento reaccionario y anacrónico, de índole todavía más autoritaria y obsoleta que el propio PRI».

Efectivamente, se puede considerar al EZLN una «guerrilla posmoderna», en cuanto combinación de las diversas corrientes «guerrilleras» contemporáneas, sobre la base de una cierta pragmatización, pero no «posmoderna» en el sentido de falsa, teatral, únicamente real en sus efectos, porque si algo hay de real en todo esto son las causas que han generado el levantamiento. La «supuesta incoherencia» podría ser originalidad mal entendida y, para reaccionario y anacrónico, el trato que el gobierno ha dado a los indígenas chiapanecos desde hace años y que, sin duda, deberá ser modificado en profundidad si se quiere evitar un estallido social de mayor alcance.

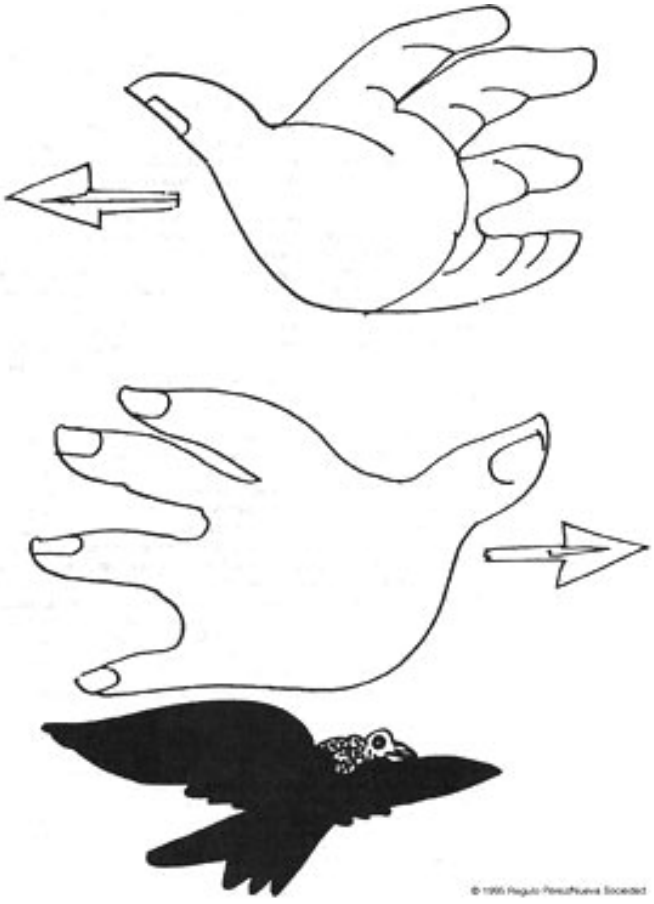
Bibliografía no citada

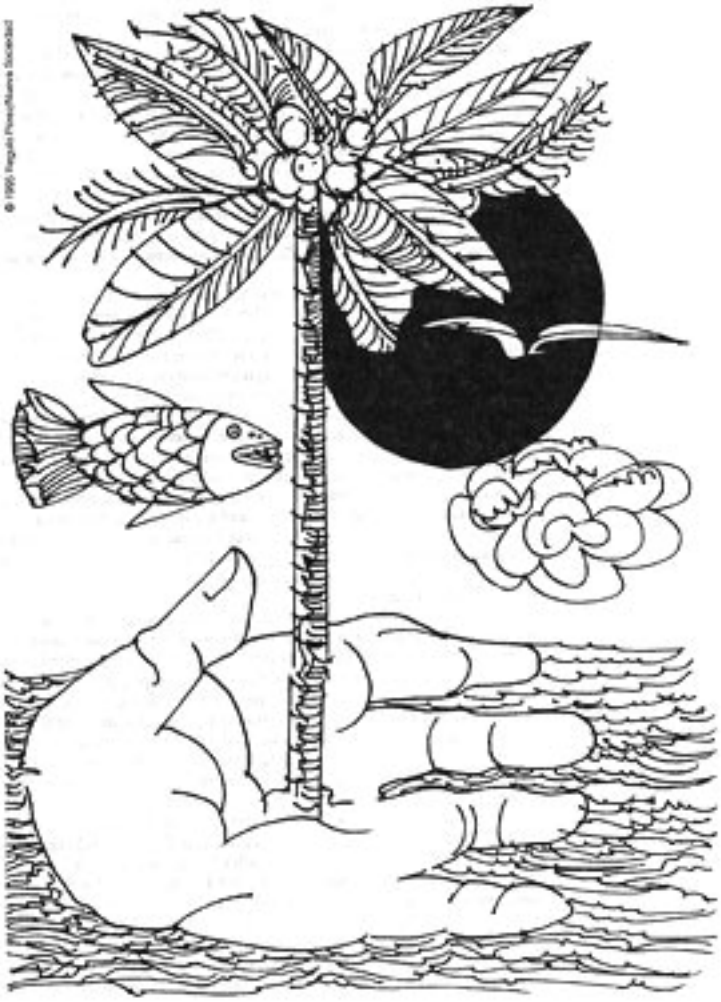
Castañeda, Jorge G.: *Sorpresas te da la vida*, Aguilar, México, 1994.
Chomsky, Noam y otros: *Chiapas, insurgente*, Txalaparta, Tafalla, 1995.
Pereyra, Daniel: «Del Moncada a Chiapas».

[9] Ni Castro ni los sandinistas llegaron al poder por las armas, lo hicieron porque lograron sacudir la conciencia pública nacional y extranjera y porque lograron provocar una represión, contraproducente, insostenible ante las cámaras internacionales. Pero las diferencias con el EZLN son evidentes, ellos no pretenden tomar el poder; además, el gobierno salinista, tras un primer momento de desconcierto, renunció a la vía represiva, probablemente consciente de los efectos contraproducentes que ello podía tener.

[10] Entiende Zaid que «abundan los rasgos posmodernos: el pastiche, el eclecticismo, los elementos fuera de contexto, los saltos metadiscursivos y autorreferentes, la parodia, el baile de máscaras, la guerrilla como espectáculo. ... La guerrilla como representación de la guerrilla, que sin embargo tiene efectos de guerrilla: la sangre es real».

Fix, H. y J. Martínez: «Chiapas: el escenario de una rebelión» en *Revista de estudios políticos* N1/484, 4-6/1994.
Paz, O.: «Las elecciones de 1994 en México» en *Claves de Razón Práctica* Nº 1/4 49.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista